

JUSTO.—Sí.—(Pausa).—¡Y no puede ser, Asunción, no puede ser!

ASUN.—(Suplicando).—Papá...

JUSTO.—Antonio no es un buen partido para una hija mía, no te conviene esa boda y no se hará.—(Rectificándose con amargura).—Es decir, no se hará a mi gusto, pero si quieres marchar por la senda escandalosa de tu hermana...

ASUN.—¡No, papá, no!

JUSTO.—Pues entonces no puede ser.

ASUN.—(Resignada).—Pues no será...

(Marcha lentamente por el foro.)

ESCENA VII

JUSTO y SANTOS

SANTOS.—¡Todo lo que tú haces no está bien, Justo, no está bien!

JUSTO.—¿Supongo que no pretenderás echar telas de censor?

SANTOS.—(Bravo).—Nosé de qué me las echo yo, ni cómo vas a echarme tú, si por la puerta o por la ventana, aunque yo preferiría por la puerta... pero ¡caramba! tú agotas la paciencia de un mártir.

JUSTO.—(Sorprendido).—¡Santos!...

SANTOS.—Y el extremar así tu severidad, tu autoridad y tu terquedad con esa pobre borrega de Asunción, sólo porque es mansita y obediente, me parece un abuso de severidad, de autoridad y de terquedad. ¡Es verdad!

JUSTO.—Santos, Santos...

SANTOS.—Ya lo sabes. Apúntalo en el libro de caja.

JUSTO.—Muy bravo te veo...

SANTOS.—Es que tú llevas todas las cuestiones a la bayoneta y contigo hasta los corderos concluyen por volverse lobos.

JUSTO.—Reserva tu opinión, que ahora no te la piden, y tengamos la fiesta sin campanas.

SANTOS.—¿Cómo que nadie me la pide? ¿Que ca...ramba es esa? Llevo yo veinte años viniendo a tu casa tarde y noche, comiendo aquí todos los días—y no creas que he comido bien todos los días, ¿eh?...—y en ese tiempo he sido siempre de tu parecer, y del parecer de Marcelina, y del parecer de las chicas, y ahora que al cabo de veinte años tengo una opinión propia... ¿me la voy a guardar? ¡No señor! Te la digo, la oyes, y si te gusta, te gusta, y si no te gusta arrancas por donde quieras, que aquí estoy yo.

JUSTO.—(*Poniéndole la mano en el hombro*).
—Calla, Santos.

SANTOS.—(*Quitándole la mano del hombro bruscamente*).—¡No quiero!—(*Después de esta energía tiene un pequeño sobresalto, como miedo de su propio valor, pero vuelve a recobrase y dice enérgicamente.*)—¡No quiero!

JUSTO.—Mucho te cambiaron...—(*Condescendiente*).—Habla, habla...

SANTOS.—Pues tengo que decirte que a todos nos cambias tú, porque a todos nos hostigas tú de tal manera que no hay otro remedio sino el de sublevarse antes para hablar después serenamente: que te has trazado mal rumbo para ser dichoso; y suplicarte que lo enmiendes por tu propia conveniencia.

JUSTO.—¿Qué más?

SANTOS.—Nada más. La fecha: Madrid... (*la fecha que sea*) y la firma; Santos de la Santera.

JUSTO.—¿No lo enmiendo ya al ceder?

SANTOS.—No. Cedes cuando ya estás dominado, y entonces nadie te lo agradece. Antes, Justo, antes...

JUSTO.—Antes es ser juguete de todo el mundo, y eso no me conviene.

SANTOS.—Tú sabrás...

ESCENA VIII

DICHOS: ASUNCION, trayendo a PEDRO de la mano por el foro.

ASUN.—Papá... el pobre Pedro, que desea hablarte.

JUSTO.—¿Quién te ha mandado hacerlo entrar?...

ASUN.—(*Confusa*).—Pa... pá...

SANTOS.—(*Aparte a Justo*).—Fué un buen impulso...; pero ya la hiciste avergonzarse de la piedad que la impulsó.

JUSTO.—Ahora no puedo atenderle a usted, Pedro.—(*Pausa*).—¿Oye usted?

PEDRO.—Oigo, sí, señor; pero ahora es preciso que usted atienda.

JUSTO.—¿Viene usted insolente?

PEDRO.—¡No, no! ¡Es una villanía lo que me proponen, señor! ¡Llevarnos a un asilo! ¡A un asilo, bien; pero juntos mi vieja y yo; separados, no señor; no, señor; no, señor!

JUSTO.—Otro día hablaremos, porque hoy...

PEDRO.—¡Hoy, hoy, porque no me dejan entrar, y si no fuera por el buen corazón de la señorita, tampoco hoy habría llegado hasta usted...

y la riñen!—(*Buscándola con las manos*).—Dios se lo compense...

JUSTO.—Le prometo a usted que en otra ocasión hablaremos. Márchese usted, Pedro.

PEDRO.—No.

JUSTO.—¿Cómo que no?

PEDRO.—Deme usted para vivir.

JUSTO.—No tengo obligación.

PEDRO.—¡Si tiene, si tiene! Treinta y siete años en su casa... ¡Eso, sin una falta... eso! ¡Y ahora imposibilitado... eso! ¡Eso es la obligación!

JUSTO.—Pues no lo es.

PEDRO.—¿Se niega usted?...

JUSTO.—¡Claro que me niego ante la imposición!

PEDRO.—¿Pero cuándo puedo suplicarle si no me recibe usted?... (*Pausa*).—¡Por última vez, don Justo!... —(*Pausa*).—¿No?... —(*Pausa*).—¿No? Pues usted ya no es justo y yo no soy ya un hombre de bien. Se acabó, ¡eso!, se acabó. Tengo en mi casa copia de todos los asuntos de usted... ¡De todos! ¡Del pantano también!

JUSTO.—¿Qué dice usted?

PEDRO.—Ya sé que usted no ha robado, ya lo sé; pero ha dejado usted robar a otros. Para

el escándalo es lo mismo, y hoy salgo por las calles, hoy, a vender esos papeles a quien me los quiera comprar.

JUSTO.—(*Cogiéndole*).—¡Pedro, Pedro! ¡Es usted un malvado!

PEDRO.—(*Sin defenderse*).—¡Eso, eso!

ASUN.—¡Papá!—(*Justo le suelta*).

PEDRO.—¡Un malvado! Bendito sea Dios, que no me deja morir sin saber al menos lo que soy...

JUSTO.—Terminemos. Yo los compro. ¿Qué pide usted por esos papeles? ¿Mil pesetas?

PEDRO.—No.

JUSTO.—¿Dos mil?

PEDRO.—No.

JUSTO.—¿Cuánto?

PEDRO.—Vivir... nada más que vivir.

JUSTO.—¿Pero cuánto?

PEDRO.—El sueldo que tuve cuando podía trabajar. Asegúrelo y nada más. Nada más, don Justo, nada más.

JUSTO.—Lo tendrá usted desde hoy mismo. Traígame esos papeles.

ASUN.—¿Qué ha hecho usted, Pedro, qué ha hecho usted?...

PEDRO.—No lo sé, doña Asunción, no lo sé...

¡Pero sé que todo el bien que hice en mi vida no me sirvió para traerme un poco de bien al final y para que mi vieja se muera de vieja y no de hambrienta... y en cambio ese poco de mal va a traerme tanto bien! ¡Ay, doña Asunción, si yo hubiera hecho muchísimo mal, cuánto bien no tendría yo ahora!

JUSTO.—Basta ya, Pedro.

PEDRO.—Perdóneme, perdóneme...

*Mutis por el foro llevándolo
Asunción.*

ESCENA IX

JUSTO y SANTOS.

SANTOS.—Un buen empleado en su época, un buen hombre siempre, y tú has conseguido, que no pudiendo ya hacerse un lobo, se haga un chacal.

JUSTO.—¿Pero, voy a fundar yo un Montepío? ¡Que no es éste el único empleado que está fuera de mi casa!

SANTOS.—¿Quién te pide tanto? Con muy poca generosidad—y se la debes...—habrías quedado como generoso: y ahora, dando realmente mucho, aún puede que te aborrezca...

ESCENA X

DICHOS: MARCELINA por la izquierda, llama a SANTOS y cuando éste se le acerca le habla y le hace salir por la izquierda, volviendo ella inmediatamente, empujando suavemente a CANDELAS.

MARC.—Justo... Candelas quiere pedirte perdón.

(Mutis por la izquierda).

ESCENA XI

CANDELAS y JUSTO

CAND.—*(Que viene recelosa, pero sonriente, corre con júbilo para abrazarle.)*—¡¡Papá!

JUSTO.—*(Friamente.)*—No te hace falta para nada.

CAND.—*(Quiriendo cogerle la mano y arrojarse.)*—¡Papá!

JUSTO.—¡¡Levántate... levántate!!—*(Candelas, coartada en su expansión afectuosa, se levanta friamente y retrocede unos pasos, quedando inmóvil y grave.)*—Por si esta fuera la última vez que nos vemos, oye también mis últimas palabras. Consiento, es decir, no tengo más remedio

que consentir en tu boda. Te casarás, ya sabes cuándo y en qué condiciones: si te hace falta algún dinero, hoy o mañana, pídeselo a tu madre, que yo no prohibo que te lo mande, pero a mí... ¡A mí, ni una carta, ni un intento de reconciliación, ni nada! Es el único favor que aún espero de ti...

CAND.—Padre...

JUSTO.—Puedes retirarte...

CAND.—Padre... Cometí una imprudencia, lo confieso: y aunque yo no me doy cuenta de toda su gravedad, ha debido ser muy grande, muy enorme, cuando tan grande es tu enojo conmigo. ¡Perdóname!

JUSTO.—No hablemos de nada de eso, que es un poco tarde para disculpas y un poco tarde también para inocencias. Lo que tú deseabas ya te se logra, salvando las apariencias para hacer-te ese honor... No creo que necesites ninguna otra cosa.

CAND.—¿Ya está logrado?

JUSTO.—Sí.

CAND.—¿No necesito ya perdón ni disculpas?

JUSTO.—No.

CAND.—Pues entonces, cuando menos falta haga el que me disculpe, más leal te debe pare-

cer lo que yo diga... Oyeme... (*Justo la mira, y sin responder hace seña de que hable.*) Quiero a Ramoncho; estoy convencida del amor de Ramoncho y con Romoncho me casaré.

JUSTO.—Cásate.

CAND.—No renuncio por nada de este mundo al cariño de Ramoncho.

JUSTO.—Gracias.

CAND.—(*Con brio.*)—¡Fíjate bien, padre! Al cariño de Ramoncho. Pero con tal de casarme sin perder vuestro cariño, y a gusto de mamá y tuyo, desde ahora mismo aceptamos Ramoncho y yo todas las condiciones, todas las exigencias y todos los plazos que nos queráis marcar.

JUSTO.—¿Todas las exigencias?

CAND.—Todas.

JUSTO.—¿Todos los plazos?

CAND.—Todos.

JUSTO.—(*Con mucha pausa, como rebuscando las palabras, mirando fijamente al preguntar y esquivando la mirada al oír la contestación: y así hasta el final de este dialogo.*)—¿Si digo que de aquí a tres años?

CAND.—No se discute más: de aquí a tres años.

JUSTO.—(Como un miura.)—¿Y tu cariño puede aguardar ese tiempo?

CAND.—(Natural y sonriente.)—¿Por qué no?

JUSTO.—¿Y Ramocho? ¿Ramoncho no reclama que la boda sea inmediatamente?

CAND.—No, Negándote, sí; accediendo gusto, no; el plazo que tú quieras para convencerte de la verdad de nuestro amor.

JUSTO.—¿Lo has hablado con él?

CAND.—Sí, lo hemos hablado los dos, y en nombre de Ramoncho te contesto: cuanto tú quieras, tres años, cuatro, cinco...

JUSTO.—Pero entonces... ¿entonces no fué realmente más que una imprudencia, una chiquillada, la visita al estudio, y tú no tienes de qué avergonzarte?

CAND.—¿Y lo dudabas, padre? ¿Tú dudabas de mí?

JUSTO.—Mirame bien a los ojos, Candelas.

CAND.—Mirame tú, padre, que son tus ojos los que huyen de los míos desde que has empezado a preguntarme por fechas y por plazos.

JUSTO.—¡Te creo! ¡Ven, Candelas, ven! (La abraza con ansia.) ¡A ver ahora quién es el fuerte y quién domina a quién! ¡Yo te defenderé contra todos, yo!

CAND.—¡Padre de mi alma!..

JUSTO.—¡Candelas!..

ESCENA XII

DICHOS: MARCELINA Y SANTOS con el ramo, por la izquierda.

SANTOS.—Mire, doña Marcelina, mire...

JUSTO.—Creo en ella.

MARC.—¡Bendito sea Dios!

SANTOS.—(Dándole las dos manos a Marcelina.)— ¡Enhorabuena, enhorabuena!

JUSTO.—Y con esta seguridad ya no tengo miedo a nada ni a nadie; yo soy invencible. Yo te defenderé, yo, contra todos. ¡Que venga ahora ese canalla de Ramoncho!

CAND.—(Espantada y apartándose de Justo.)—¿Ese canalla, padre?

MARC.—¿Vuelves a negarte?

SANTOS.—¿No la dejas casar?

JUSTO.—(Triunfante.)—¿Ahora? ¿Creyendo en ella? ¡No; jamás, jamás!

CAND.—Padre... ¿por mala consentías y no consientes por buena? ¡Padre!.. ¡Padre!..

JUSTO.—No.

CAND.—¿Es que tendré forzosamente que ser mala?

JUSTO.—(Amenazador)—¡Candelas!

MARC.—(Yendo a detener a Justo.)—¡Justo!

SANTOS.—(Defendiendo a Candelas y haciendo marchar por la izquierda.)—¡Ahijada.

CAND.—(Se deja llevar unos pasos; luego.)—¿No me dejas casar?

JUSTO.—No.

(Candelas le mira fijamente; al fin baja los ojos y mutis lento por la izquierda.)

ESCENA XIII

DICHOS: MENOS CANDELAS

MARC.—¡Justo, por Dios!

SANTOS.—Todo ha de ir con violencia y todos han de ir contigo a la desesperada.

JUSTO.—Han variado las cosas.

MARC.—¿Pero no comprendes el daño horrible que le haces a Candelas inculcándole la idea de que tú no cedas más que por las malas?

JUSTO.—Ahora ya no hay mal posible.

SANTOS.—Cuidado, Justo, que el mal tiene muchos brazos y ahoga de muchas maneras.

JUSTO.—No lo temo.

ESCENA XIV

DICHOS: SALOMÉ por el foro

SALOMÉ.—(Contenta.)—Albricias, señores, Ramoncho está conforme con cuanto se le ordene.

JUSTO.—No se moleste usted ya.

SALOMÉ.—(Parando en seco.)—¿Que no me moleste? ¿En qué?

SANTOS.—Se ha deshecho otra vez la boda.

SALOMÉ.—¿Que se ha deshecho? ¿Por qué?

SANTOS.—Porque Justo se ha convencido plenamente de que Candelas es honrada y es buena.

SALOMÉ.—(Estupefacta.)—¿Y por eso?...

(Pausa.)

MARC.—(A media voz implorando, y aparte a Justo.)—¡Justo, Justo!

SALOMÉ.—(Por decir algo.)—¡Bien!

JUSTO.—Ya le dije a usted, señora, que ustedes no me vencían, sino que me vencía Candelas, y ahora que tengo confianza en ella, son ustedes muy poco todos los demás para torcer mi voluntad.

SALOMÉ.—¡Bien!... No porque esté bien, sino porque usted quiere que lo esté así.

SANTOS.—Y yo que traía ya las florecitas de paz y de reconciliación...

SALOMÉ.—(*Pegando ya con Santos*).—¡Póngaselas usted en el ojal!

SANTOS.—(*Protestando*).—¿Todas?

SALOMÉ.—Todas. (*A Justo*.) Pues usted me dirá qué le contesto a Ramoncho cuando me pregunte.

JUSTO.—¿No lo sabe usted?

SALOMÉ.—No lo sé. Y para que no haya error posible, rectifíqueme usted cuando lo crea oportuno. Voy a decirle que usted, vencido y temeroso, transigía con la boda; que hoy vió usted un rayo de luz para imponerse y otra vez se niega usted, y que inmediatamente y a todo trance ha de ir Ramoncho contra usted, hiriéndolo en la honra, en los negocios, en el crédito, en la salud, en donde pueda y como pueda.

MARC.—(*Angustiada*).—¡Salomé, Salomé!

SALOMÉ.—Voy a decirle que usted no comprende que la bondad pueda ser otra cosa más que debilidad; que reverencia usted únicamente al dios de la fuerza y a los ángeles del mal, y que si Ramoncho quiere defender el cariño de

Candelas han de ir los dos en seguida a demostrarle a usted que los buenos, a la desesperada son mil veces más feroces que los malos.

JUSTO.—Aconseje usted lo que le plazca, que no ha de obedecer sino quien tenga inclinaciones perversas. Igual me porté con mis dos hijas, y sólo Candelas tuvo valor para rebelarse.

SALOMÉ.—Usted lo ha dicho: sólo Candelas tuvo valor... ¡Ya se lo infundirá usted también a otra, y las dos se encontrarán iguales un día en la maldad!

MARC.—¡No diga usted eso, no diga usted eso!

JUSTO.—¡Señora!

SALOMÉ.—Es usted muy dueño de dar en su casa la norma que le parezca; pero no se queje usted después si la aprenden y la imitan: que a semejanza nuestra suelen salir los nuestros. Y los de usted, los ligados y encadenados a usted por vínculos de familia o de intereses, los que usted se complace en llevar por la violencia y por la desesperación, ¿cómo han de venir sino desesperados y frenéticos? Y a la desesperada vino Pedro buscando el pan de su ceguera y de su vejez; a la desesperada fué Ramoncho buscando el amor, y a la desesperada con usted irán sus hijas...

MARC.—¡¡No, no!

JUSTO.—Terminemos, señora...

SALOMÉ.—Y usted será el responsable ante la sociedad de cuanto ocurra, que imbuir el odio en las almas jóvenes, para que después caminen por la vida creyendo que el acibar es el jugo espontáneo del corazón, ¡es el crimen mayor de que la Naturaleza pide cuentas a los hombres!

JUSTO.—¡¡Terminemos, señora!

SALOMÉ.—Terminemos. ¿Qué le contesto a Ramoncho?

ESCENA VII

DICHOS: ASUNCIÓN por la izquierda.

ASUN.—(*Rápida y descompuesta.*) ¡¡Mamá, mamá... que no encuentro a Candelitas por la casa!

MARC.—(*Saliendo rápida por la izquierda.*)— ¡Candelas! ¡Candelas!

JUSTO.—(*Cogiendo bruscamente a Asunción.*)— ¿En dónde está?

SALOMÉ.—Y a la desesperada con usted irán sus hijas...

JUSTO.—¿Qué dice usted?

SALOMÉ.—Que usted le señaló el camino...

JUSTO.—(*Espantado.*)— ¿Yo?... Es hora de maldades: como si fuera hora de tempestad, resignemos...

(*Y echando los brazos en el hombro de Santos, oculta y reclina la cabeza.*)

MARC.—(*Dentro: pasando por el foro.*)— ¡Candelas! ¡Candelas!

(*Pausa: Justo mira a todos interrogando.*)

SALOMÉ.—¿Qué le contesto a Ramoncho?

JUSTO.—Que él señale la fecha de la boda.

SALOMÉ.—Bien está.

(*Pausa,*)

MARC.—(*Dentro; por la derecha.*)— ¡Candelas!... ¡Candelas!

(*Pausa: luego entra Marcelina por la derecha, lentamente.*)

JUSTO.—¿Marchó...?

MARC.—(*Muy bajo*)— Marchó...

SALOMÉ.—Pero yo la traeré ahora mismo.

JUSTO.—Es igual que venga o que no venga. Candelas marchó; la fuerza del mal se la ha llevado.

SALOMÉ.—Déjela usted que vuelva...

MAR.—¡¡Sí, sí!

SALOMÉ.—Y cuide también un poco de que la otra no se marche...

ASUN.—¡¡Yo nunca!

SALOMÉ.—No sabe el camino del mal; que no lo aprenda...

JUSTO.—¡No, no!

SALOMÉ.—Ese no, para la conducta de usted quiere decir que sí para la conducta de ella. Ven, Asunción; tu padre consiente en tu boda.

JUSTO.—¡No!

SALOMÉ.—*(Después de mirarlo fijamente hasta que Justo baja los ojos: con dulzura)*.—Sí, don Justo, sí. Ven Asunción.

ASUN.—*(Timidamente)*.—¿Consientes, padre?

SANTOS.—*(Abrazando él a los dos para que ellos resulten abrazados)*.—¡¡Pues claro que consentimos!

MARC.—¡¡Bendito sea Dios!

SALOMÉ.—¡Bien, don Santos, bien!

SANTOS.—¡Siento que no me hubiera usted visto antes en la conversación que tuve a solas con Justo; fuí un león, un verdadero león!

SALOMÉ.—Como lo somos todos, hasta los muy apocados... ¡Solamente que unos necesita-

mos más golpes que otros para demostrar al fin un día que lo somos!

SANTOS.—Es verdad.

SALOMÉ.—Y vamos nosotros dos a buscar a Candelas.

SANTOS.—¿Yo?

SALOMÉ.—Usted también.

SANTOS.—Bueno.—*(Le ofrece el brazo y Salomé se rie, tardando en aceptarlo)*.—Hasta la puerta, señora...

SALOMÉ.—*(Aceptándolo riéndose)*.—Bueno...

SANTOS.—¡O hasta la muerte! Vamos a buscar a Candelitas y ojalá que luego nos busquen a nosotros...

SALOMÉ.—No habrá caso.

SANTOS.—¿Por qué?..

SALOMÉ.—*(Secamente)*.—Porque no. Ande, león, ande...

(Riéndose, los dos mutis por el foro: los otros tres forman su grupo, sonriéndose y dispuestos a ser felices...)

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA